

Estallido sónico

Estallido sónico

Alez Delayer

Autor: Alez Delayer

Título original: Estallido sónico

Corrección y diseño: Black River Correcciones

blackrivercorrecciones@gmail.com

© 2024 Alez Delayer

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403763347

Sin imaginación no somos nada

Estallido sónico

—¿Cuántas nos faltan, jefe? —pregunta Will enfundado en el traje de neopreno a cuarenta y tres metros de profundidad.

Mostrando una sonrisa irónica tras la máscara de buceo, Kevin responde:

—Os hablé de unas quince, pero puede que encontremos alguna más.

—¿¡Alguna más!? ¿Qué le diré a mi mujer, jefe? Ya no se fía de mí —advierde Will que provoca las risas de sus compañeros.

—Dame el nombre de alguien que sí lo haga —sugiere Richard, que, a causa de los destellos que originan sus pinzas de soldadura, detalla su posición en el oscuro lecho marino.

Scott, con semblante serio, pide concentración.

—Chicos, manteneos atentos, recordad que estas minas antibuques llevan sumergidas casi cien años y son extremadamente sensibles...

Will niega con la cabeza e interrumpe:

—Si llevan cien años y no han explotado, ¿por qué diablos nos hacen volar desde tan lejos para desactivarlas?

—¿Qué ocurre con los dos de los grandes que te vas a embolsar con cada una? —pregunta Kevin.

—Jefe, de nada servirá el dinero si regreso a casa con un centenario trozo de metralla clavado en el culo.

—Tu trasero estará bien siempre que evites cometer errores —zanja Scott—. Simon, ¿cómo se encuentra la situación en superficie? ¿Tenemos tiempo para trabajar en una más? Los buzos se mantienen en silencio a la espera de las indicaciones meteorológicas de su compañero.

—Simon —repite Kevin—, ¿algún rastro de tormenta? ¿Nos da tiempo a desactivar otra mina?

Tras unos segundos, una molesta distorsión es lo único que oyen a través de sus intercomunicadores.

—Perdón por ser tan gráfico, pero creo que Simon se la debe andar machacando — responde Will que en mitad de la oscuridad trata de ver a sus colegas.

—Richard, ¿cómo lo llevas?

—Diez minutos.

—Perfecto, no te apresures, acabaremos el día con esa —responde Kevin preocupado por la falta de comunicación con Simon—. Scott, lanza la boya de marcación de superficie e

intenta el contacto desde otro canal, en unos veinte minutos estaremos arriba.

—Oído.

Unos minutos más tarde y tras concluir el trabajo, los cuatro buceadores se reúnen alrededor del cabo anclado a la boya.

—Ascenderemos despacio y realizaremos la parada de seguridad durante tres minutos a cinco metros de la superficie, ¿estamos? —detalla Kevin.

—Sí, jefe —responde Will que realiza un gesto de aprobación con la mano.

—Scott, ¿alguna noticia de Simon?

—Negativo.

Kevin alza la vista y ve bajo la inmensidad azul el amarillo reflectante de la boya.

—Espero que tenga un buen motivo para la falta de respuesta.

Tomados del cabo, los buceadores ascienden con lentitud iluminados por los tenues rayos solares.

Unos ladridos se escuchan a través de los intercomunicadores y con rapidez se miran entre ellos.

—¡Joder! Layla parece nerviosa —responde Richard, que observa su ordenador de buceo

para conocer el tiempo que les falta por emerger.

—¿Ese idiota ha dejado la radio prendida? No sabe jugar al Póker, no le gusta la cerveza..., os dije que no era de fiar.

—Will, no es momento de bromas, ¿tenéis registrado nuestro último contacto con él?

—Sí —contesta Scott palpando la pantalla táctil de su muñeca—, a las diez y cinco de la mañana, lo que significa que llevamos algo más de una hora sin comunicación directa.

—Es intolerable, y lo que es aún peor, ni siquiera veo el maldito barco —advierte Richard que, colérico, aprieta el cabo con fuerza.

—Calma, no nos precipitemos. Estamos a pocos metros, seguro que tu perra se encuentra bien.

Con la mirada cargada de rabia, Richard responde:

—Más le vale.

Superficie

Después de realizar la parada de seguridad y salir al exterior junto a la boya, los cuatro buzos descubren que el barco que debía estar prestándoles apoyo y ayudándolos a recoger el material se encuentra a más de un kilómetro de distancia.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué cojones sucede con ese tipo? —maldice Richard—. Advertí en la reunión que no me parecía buena idea contar con alguien ajeno al equipo, Kevin.

—Jimmy está en la cárcel, ¿crees que no le hubiera preferido a él? Ahora es lo de menos, no nos queda otra que llegar hasta el barco.

Bajo un cielo nuboso y nadando en mitad del mar abierto, los buzos alcanzan agotados la embarcación de dos plantas y suben a la plataforma de embarque sobre el nivel del agua.

—Menudo viajecito, no me esperaba este ejercicio de natación —comenta Will mientras libera su rostro de la máscara de buceo integral y, lanzándola al suelo, se dispone a subir por la escalerilla metálica—. ¡Simon! Puto gordo, ¿dónde estás?

Tras llegar al último peldaño, Will queda desconcertado.

—¡¡Santa madre de Dios!!

—¿Qué pasa? —pregunta Kevin desde abajo.

—Jefe..., hay un reguero de sangre por la cubierta.

Al oír aquellas palabras, Richard se dirige hacia la escalera, la sube y contempla la sanguinaria escena.

—¡Su puta madre! —exclama Richard antes de introducir sus dedos en la boca, efectuar un potente silbido y oír los ladridos de Layla, su fiel golden retriever de color crema que aparece al fondo de la embarcación y corre hacia su dueño—. Me alegro de verte, bonita.

—¡SIMON! ¡¡SIMON!! —grita Scott que se adelanta unos pocos pasos y se coloca al frente de sus compañeros al descubrir el rastro.

Scott, afinando el oído, cree haber reconocido algo.

—Silencio, chicos, por favor.

Un murmullo se oye en la lejanía.

—Aquí, joder..., ayudadme —suplica una voz que se pierde en la distancia.

Girándose hacia sus compañeros, Scott advierte:

—Es Simon, parece que se encuentra en la bodega.

Observando a su alrededor, Kevin comprueba que solo la pausada tranquilidad del mar los acompaña.

—Tomad vuestras armas, esto no me gusta. En un lateral del barco, junto a Layla, Richard abre el compartimento del asiento y desenfunda un revólver que examina antes de quitar el seguro.

—¿Crees que se trate de piratas? —pregunta Scott con un tono de voz bajo.

—Me advirtieron de su presencia en la zona, por eso os pedí que no os apartarais de ellas. Kevin abre una pequeña tapa y saca una mochila de neopreno de la que extrae su pistola y vuelve la vista a sus hombres.

—¿¡Qué esperáis!?

Frente a Kevin, Will y Scott se miran confusos.

—Jefe, la mía la tengo en el camarote.

—Siento decirlo, pero la mía también — lamenta Scott.

—¡Maldita sea! Richard, ¿tú estás preparado?

—¡Adelante!

En silencio, Kevin gesticula para que Richard se coloque en la parte superior y cubra el acceso a la bodega.

—Vosotros dos, seguidme, iré delante.

Siguiendo el rastro dejado por la sangre, Kevin se aventura al interior del barco.